

La Voz de Guipúzcoa

Año VII.

Diario Republicano.

Núm. 2.364

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIA, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 35 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 30 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los corresponsales, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

San Sebastián.—Viernes 16 de Octubre de 1891.

Redacción y Administración

Calle de Echaide, número 6, bajo.

Teléfono número 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (ENCUADROS), 30 céntimos la línea.—Casucillas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.

REBAJAS PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSERCCIONES.
COMUNICADOS 4 precios convencionales, de 1 á 35 pesetas línea.
Recibe anuncios en París M. A. LORETTE, rue Casmartin 61, una de nuestros corresponsales.

La Voz de Guipúzcoa

es el periódico de mayor circulación de esta provincia.

Servicio telegráfico especial

La Voz de Guipúzcoa

Cotización de la bolsa de Madrid 15 de Octubre 1891

4 por 100 interior	74.90
4 por 100 exterior	63.00
4 por 100 amortizable	87.90
Obligaciones del Tesoro	000.00
Billetes hipotecarios de Cuba 1886	104.40
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	97.50
Acciones del Banco de España	414.00
Acciones de la Compañía de tabacos	88.00
París cheque	10.25
París 8 días vista	10.15
Londres cheque	27.90
Londres 90 días fecha	00.90

Buenos Aires día 14, oro 443.

EL RUIDO MONARQUICO

Nos divierten mucho estos monárquicos incipientísimos. Por lo que á nosotros respecta es un espectáculo de lo más variado y original.

Un día nos presentan como á republicanos y demagogos de la peor especie, porque no somos francos y decididos como los revolucionarios y á pretexto de defender el procedimiento de propaganda hacemos tanto ó más daño á la monarquía que el elemento zorrillista.

Otro día nos llaman republicanos régios y nos motejan de interesados por las instituciones señalando lo que más le perjudican.

A las veinticuatro horas censuran á los monárquicos liberales por estar coaligados con nosotros, republicanos convencidos.

Y tornan en otro número á considerarnos poco republicanos.

Claro es que esa misma contradicción es prueba latente de la animosidad en que se inspiran contra nosotros y que infundidos por la pasión nos combaten á tontas y á locas sin reflexionar que sus grotescas contradicciones son la mejor refutación de sus ataques.

En las apreciaciones que últimamente hemos hecho respecto á los exagerados transportes del delirio monárquico no somos nosotros solos.

El Porvenir Vascongado discutiendo sobre el mismo tema dice así:

«Bueno, si se quiere—que algo se ha de conceder al fervor monárquico—que esa exaltación sirva de pretexto, para dirigir algunos galantes cumplidos á doña María Cristina, cosa que encontramos tan en su punto por tratarse de tan elevada dama, que aun nosotros, con ser republicanos, no se los escaseamos cuando llega la ocasión; pero de esto, á hablar de los «trunfos de la monarquía» como habla con exageración el dinástico *La Unión Vascongada* de San Sebastián, y decir que «en Burgos, Bilbao y Barcelona, ha evidenciado la monarquía su identidad, su consustancialidad con el pueblo español», va una enorme diferencia, porque expresarse de este modo es comprometer cándidamente á los ojos de todo el mundo, aquello mismo que se quiere ensalzar.

Ovaciones tan entusiastas como la que la reina pueda haber obtenido, y más espontáneas y más desinteresadas, las han recibido en capitales y en casi todos los pueblos de España, monárquicos como Sagasta y republicanos como los Sres. Castelar, Salmerón y otros; con la circunstancia, de que los triunfos de estos últimos se han evidenciado no solo con estas manifestaciones externas, sino con otras más íntimas, encarnadas en la marcha y en las tendencias del país.

Uno solo de los triunfos de los republicanos y de los demócratas, representa más y tiene más trascendencia, que todas las efímeras y pasajeras brillantes de las meditaciones y preparadas fiestas palatinas. La institución del Jurado, el planteamiento del sufragio, jeseon sus triunfos, de los que valen, de los que dejan rastro, de los que indican que hay identidad y consustancialidad—según la frase de los escritores monárquicos—entre los principios democráticos y el país!... Las palmas, las flores, las ovaciones y en casi todos los pueblos de España, una forma de expresión, como otra cualquiera, de personal simpatía y consideración hacia la ilustre y virtuosa dama, pero los principios monárquicos, ¡qué han de tener que ver con eso!

Está haciendo muchísima falta un *Manual del perfecto monárquico*, para uso de dinásticos incipientes. Así no se vería en los periódicos del gremio, esos rasgos de entusiasmo tan exagerados como ficticios, hijos de la neurosis monárquica y que producen más daño que beneficio, á lo mismo que se pretende defender y ensalzar.

A estas razonadas consideraciones de nuestro colega le objetarán, como si le viéramos, los monárquicos locales, que se toma mucho interés por la monarquía y que eso es lo que se llama trabajar en pro de las instituciones.

Cabezas que así discurren, bien merecen ser apoyo de la monarquía. Así la están poniendo.

Bonitos papeles

Tratándose de hacer bonitos papeles no hay necesidad de advertir que se trata de Romero Robledo.

Ahí está, mejor dicho, allí está, en Madrid, esperando hacer una visita á Cánovas á ver si éste con ocasión de verle se decide á bajar el puente colgante para que pase toda la mesnada.

Entre tanto, los dioses se reúnen, y, como los chucuelos que forman corro en la calle y deliberan sobre si deben ó no perdonar al amigo que les ha hecho una travesura para admitirle nuevamente en sus juegos, están excitando la curiosidad pública á la vez que haciendo pasar las de Cain á los acusados de deserción.

Si en nosotros consistiera, el puente habría descendido ya, la mesnada estaría dentro; el grupo de niños zangolotinos habría admitido en su seno al rebelde y le hubieran dado participación en sus juegos gubernamentales.

Esperamos con ansia el momento tan suspirado por la gente reformista. Ha de ser muy interesante la fusión, principalmente en San Sebastián, donde los más conspicuos ministros han dicho á voces y donde pudieran oírles la gente que con el reformismo no querían nada, nada; terminando con poner á sus casi correligionarios como no digan dueños.

La cordialidad entre Silvela y Romero ya nos la figuramos. Además, nos coge muy de lejos para cifrar en ello la esperanza de grandes emociones.

Pero de la cordialidad reformista-conservadora, si esperamos algo y somos de los que no damos un rato de diversión por nada del mundo.

Será cosa de ver la ceremonia nupcial.

En otros países como Andalucía, donde aún existe la costumbre de dar cencerreadas á los novios cuando la boda es un disparate, bastaría anunciar el matrimonio de la unión vascongada con el reformismo para que la gente fuese preparando los cencerros.

CHIRIGOTAS

Tres sueltos nos consagra ayer el órgano de los unionistas un tanto excitado, no obstante la religiosidad que dice abrigar en su pecho de católico recalcitrante y que debiera conducirlo á sufrir con mayor resignación cristiana nuestros injustos y apasionados cargos, si algo de injusticia y de apasionamiento tienen, que ya se verá que nó.

Todo nuestro delito consiste en haber dicho que Lasala quiere ser ministro y habernos dolido de los apuros que pasará Cánovas agobiado con las pretensiones de don Fernin y otros fermines de su catadura que sienten la nostalgia de la poltrona ministerial.

Y dice el periódico de los íntegros de don Alfonso que para combatir á los conservadores usamos razones propias de la sobremesa de un café. ¡Y qué hacerlo, vive Dios! ¡si tenemos la buena cualidad, dicho sea sin modestia, de exponer en nuestras conversaciones todo lo que pensamos y todo lo que sabemos, sin reservarnos nada para casa, porque si lo contrario híciéramos sería pecar de pretenciosos, defecto que censuramos en todo aquel que le tiene!

Muchas veces hemos discutido con unionistas íntimos del colega y lo hemos hecho en círculos y cafés; y en nuestra ánima juramos que nada nos han dicho en letras de molde que no nos lo hayan expresado antes sobre el mármol de una mesa. De lo cual se deduce que también el colega emplea para combatirnos razones dignas de la mesa de un café. Y no será tan probable esa conducta cuando es la que sigue el colega, ó al censurarnos por ello se censura á sí propio, ó se olvida de aquella sabia máxima que al pié de la letra dice:

«Procure ser en todo lo posible el que ha de reprimir Irrepreensibles.

Pero dejando á un lado minucias y respingos que nos dan mucha risa, diremos que el suelto de *La Unión* sería capaz de poner de buen humor al candidato á ministro más desahuciado si á sus manos llegase.

Dice en primer lugar que le ha sorprendido la noticia de que el duque de Mandas desea dejar un puesto honrado por Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Bravo Murillo, Olazaga, Serrano y otras eminencias de la política española, para aceptar una cartera.

Y á nosotros nos sorprende la sorpresa del colega; porque la noticia no es nuestra, la hemos visto en varios periódicos de la corte y entre ellos uno que se llama conservador, lo cual no le impide criticar muy acerbamente á algunos de los ministros actuales.

Por lo demás, ya sabemos que la embajada en París es un puesto honrosísimo que no todos los que pasan por él le merecen, y suponemos que Lasala se dará por muy satisfecho y honrado desempeñando un cargo que han

desempeñado verdaderas eminencias de la política española.

Así lo cree el órgano unionista agregando que no concibe que el duque de Mandas quiera descender de embajador de Francia á ministro.

Lo mismo, enteramente lo mismo diría el colega, si, efectivamente, su amigo el duque quisiera ser ministro y Cánovas no quisiera llevarle al ministerio.

De suerte que en este punto no nos convenen *La Unión*. Además sería un rasgo de modestia muy loable el querer descender, y de inmodestia muy impropia el aspirar solo á ascender. Y á menos que el periódico unionista tache de inmodesto á su encumbrado amigo, la aspiración puede ser perfectamente verosímil.

Respecto al tono con que tratamos á Lasala, solo se le ocurre al periódico unionista decir que así paga el diablo á quien le sirve. Aceptamos si se quiere el papel de diablo, por que lo preferimos al que hace el colega diciendo cosas que ni debe ni puede decir. ¿Qué le debemos nosotros al Sr. Lasala? ¿en qué nos ha servido su excelencia el embajador? Porque ni el país, ni el partido liberal le deben nada, absolutamente nada.

Como se vé, los que á ajenas apreciaciones llaman argumentos de sobremesa de café, incurren en la gravísima falta de hablar como si estuviesen en otras sobremesas. Peor para ellos.

Y descendiendo de la embajada hasta la alcaldía.

La Unión nos dá las gracias por la lección que le dimos en nuestro número del miércoles. No hay de qué. Se la dimos sin pretender que nos la agradeciera. Y reconoce que debió decir «levantar actas» y no «tomar actas».

Bien hecho. Reconocer los propios errores enaltece al errado.

Y dice después que no hemos sabido refutar sus argumentos encaminados á demostrar que el alcalde hizo gastar 126 pesetas en *hojarasca* para recibir en el Ayuntamiento al príncipe Wladimiro, por lo cual le criticamos sin que luego se nos haya ocurrido criticar á los concejales que han pedido que continúe la música y la luz por las noches en el Boulevard.

Que los gastos ocasionados por orden del alcalde en adornar los soportales de la casa consistorial últimamente, no pasan de 126 pesetas, lo concedemos. Como tendrá que conceder el colega que los trabajos se suspendieron día y medio antes de la noche en que el príncipe Wladimiro debió ir al Ayuntamiento. Y la suspensión evitó más gastos. Y como el proyecto era el de hacer un jardín de guardarrropa igual al que se hizo para recibir á los moros, se debe suponer que los gastos habrían sido los mismos. ¿No lo fueron? Pues no hay que deberse al alcalde, sino á las circunstancias que hicieron suspender la fiesta.

Por último, dice el colega que debemos sonar con la alcaldía á juzgar por las alusiones que le hacemos.

Una observación. Las mismas palabras ó muy parecidas del suelto de *La Unión*, sobre la petición de algunos concejales para que continúe la luz y la música en el Boulevard, y las críticas que merecieron en los gastos de la *hojarasca*, las pronunció el alcalde el día antes delante de un compañero nuestro de redacción, sin duda para que éste las oyese.

¿Cómo no habíamos de suponer que el suelto en cuestión estaba inspirado en la alcaldía?

Además, eso de *tomar actas*... eso no lo dice nadie mas que el alcalde.

El tantas veces citado periódico se chancea porque nuestro corresponsal en Burgos nos habló de la formación de las tropas en aquella capital.

¡Vaya! ¿qué quiere el colega? ¿que reconocamos que se informó mal nuestro corresponsal?

Pues lo reconocemos. Y ahora díganos á su vez *La Unión*. ¿qué tal le han parecido los tapices con que cubrieron las casas de la calle de la Lencera al paso de la reina? Porque su cronista regio no solo dijo que se iban á cubrir, sino que ya se habían cubierto.

ARTISTAS GUIPUZCOANOS.

(Instantáneas).

VII

Nuestros pintores.—Rogelio Gordón.

Está en un buen muchacho (como se dice aquí aún de las personas que pasan de setenta años; y esto no es llamarle viejo á Gordón.)

Buen muchacho, dijimos Gordón es bueno en todos conceptos; buen artista; buen amigo de sus amigos; buen cazador.... Entre sus muchas plausibles obras figura una digna del mayor elogio: la de haber realizado una exposición (hace dos años) de cuadros de pintores vascongados.

Y recordamos á este propósito un rasgo que retrata las bellas cualidades de Gordón. Algunas personas que no le conocían fueron á ver la exposición. Se fijaban, naturalmente, en sus cuadros. Los elogian. Pero Gordón les saca-

ba de su contemplación diciéndoles:—Para cuadros buenos, éste y éste y éste. Y señalaba los de Irureta, ó los de Gasia, ó los de Salis, ó los de Ugarte ó los de los demás pintores que llevaron lienzos á su estudio.

Y esta modestia excesiva es una condición naturalísima que hace verdaderamente encantador el trato de Rogelio.

En el último certamen provincial ha expuesto, además de varios de sus notables cuadros, un precioso techo para el palacio del conde de Lersundi. Representa un gavilán persiguiendo á una paloma que se refugia entre las flores de un artístico tragaluz.

Es una hermosa pintura, muy elogiada por cuantos la han visto y digna de la firma de Gordón.

Ahora de lo que no respondemos es de que tan precioso lienzo no está averiado por alguna perdigonada. Porque.... ver Gordón pájaros y no coger la casopeta inmediatamente, sería ponerse al nivel de San Antonio en punto á vencer tentaciones.

A trabajador habrá pocos que le aventajen; cuando no está pintando está sacando fotografías; cuando no retrata, caza; cuando no caza está pensando en lo que ha de pintar, y cuando no hace esto es porque está dando lecciones de pintura á sus discípulos.

Gordón es más aficionado á la naturaleza *durmiente* (como llamaba Meissonier al paisaje para diferenciarle de la naturaleza *andante*, ó sea á la figura) y esta predilección le lleva á recoger en sus lienzos preciosas vistas de este suelo poético como pocos.

Es un buen colorista y un buen dibujante. Es de los que están meses enteros estudiando la rompiente de una ola y haciendo cien bocetos para que la copia sea real y efectiva.

Se ha hecho una reputación merecida. Ha figurado en las exposiciones de bellas artes nacionales y como es estudioso y sienta verdadero afán por saber más de lo que sabe, es seguro que la firma de Gordón será cotizada en los mercados artísticos de fuera como ya lo es aquí.

Es, en fin, un cazador empedernido. Cuando no sale á caza de pájaros sale á caza de asuntos para sus lienzos.

Fantasías sobre la próxima guerra

Con el título de *La dernière guerre* publica *Le Matin* un artículo de fantasía, poco verosímil, pero original, acerca del futuro conflicto europeo.

El autor del artículo, Mr. Mitchell, supone que Francia y Rusia dirigen á Inglaterra una nota colectiva pidiendo la evacuación de Egipto. Inglaterra se niega. Los gabinetes de París y San Petersburgo envían al de Londres un *ultimatum*. La guerra va á estallar; las demás potencias permanecen silenciosas; solo en Italia se producen desórdenes; las banderas rusas y francesas son insultadas en Roma, en Génova y en Milán. El rey Humberto, cediendo á la opinión pública, llama á Crispi para que se encargue de nuevo de la presidencia del Consejo de ministros.

Simultáneamente el rey de los belgas solicita de la Gran Bretaña que proteja su neutralidad, temiendo un choque entre franceses y alemanes, y corre el rumor de que Amberes va á ser ocupado por fuerzas inglesas.

Entre tanto, ¿qué hace Guillermo III? Nadie lo sabe. La diplomacia de Berlín permanece muda como la esfinge, hasta que al fin estalla como un cohete la noticia de que el emperador de Alemania ha salido para San Petersburgo.

El presidente del Consejo de ministros de Francia se dirige también á la capital rusa, temeroso de que la visita del *Kaiser* alemán destruya la alianza franco moscovita. La expectación es general, y de repente las agencias telegráficas transmiten á todas partes la estupenda noticia de que Alemania se adhiere al *ultimatum* dirigido por Francia y Rusia á Inglaterra.

Los italianos entonces se desaniman, y Crispi cae del poder, antes casi de que empezara á ejercer sus funciones. Pero Inglaterra resiste, y la guerra estalla.

El resultado es funesto para los ingleses. Al primer cañonazo proclama su independencia el Canadá, Australia, Nueva Zelanda y el Cabo. La India se subleva también, y los cipayos hacen causa común con los soldados rusos.

A pesar de algunas victorias navales, Inglaterra se ve obligada á solicitar la paz, y la obtiene por mediación de León XIII. Los vencedores se reparten los despojos del vencido; Rusia se apodera de la India; Austria de la Península balcánica, cediendo á Alemania las provincias alemanas con Trieste, Gibraltar se restituye á España, Chipre á Turquía, y Egipto pasa á ser de nuevo una provincia del Imperio otomano, que deja de ser nación europea.

Se ofrece á Francia las islas de la Mancha y Bélgica; en Asia, Birmania y una parte del territorio de la India; en América, Terranova. Mas los franceses rehusan; quieren la Alsacia-Lorena, apoyados en su pretensión por Rusia. Alemania se niega; parece que la guerra va á estallar de nuevo. Pero Austria se pone al lado de franceses y rusos, y el imperio alemán ce-